



Orden de Caballeros
de
María Pita

El Cerco de María Pita

Muy Noble y Muy Leal Orden de Caballeros de María Pita

Nº 8 – Diciembre – 2004

SALUDO:

Ha finalizado un nuevo año y comienza otro en el que se cumplen ya, quince años de la constitución de la Orden por aquellos siete entusiastas coruñeses, deseosos de perpetuar la memoria de María Pita.

Se celebraba en nuestra ciudad el cuatrocientos aniversario del asedio inglés y de la defensa heroica por sus ciudadanos, cuando Antonio Gundín reúne en su casa de Betanzos a unos cuantos amigos y les propone la creación de una institución que potencie y dé a conocer una de las páginas más brillantes de nuestra historia.

Fue el 2 de mayo de 1990, cuando los coruñeses Fernando Arenas, Javier Fonte, Antonio Gundín, Ángel Orozco, José Redondo, Manuel R. Maneiro y Felipe Senen, se reúnen en la vieja casa de la calle de Horrerías, sueltan una paloma y firman el documento de creación de la Orden de Caballeros de María Pita.



El mensaje de la paloma decía: "Que se enteren los pueblos del mundo entero, que mientras quede con vida un coruñés, hombre, niño o mujer, no se rendirá jamás nuestra ciudad, ya que no se puede someter a un pueblo cuyo corazón al latir dice Libertad".

Desde aquel día, muchas han sido las actividades realizadas por estos Caballeros en pro de María Pita.

Uno de ellos, José Redondo, ha sido distinguido este año como Caballero de Mérito, por su intensa y laboriosa colaboración desde el inicio como Maestro de Ceremonias.

HOMENAJE AL GENERAL JUAN DIAZ PORLIER

La Coruña, 9 de octubre de 2004



Alférez Mayor Manuel Balseiro González.

Maestre de la Orden, queridos compañeros, señoras y señores:

Es un alto honor que me confiere la Orden de Caballeros de María Pita, de dirigir estas breves palabras en el ya tradicional homenaje que se le rinde al General Díaz Porlier.

Para una persona en la que, como es mi caso, alienta un corazón gallego que vibra en asturiano, el honor se transforma en dificultad para glosar una figura que tanta significación tiene en la historia de nuestra ciudad, pero también en la de Oviedo, aquella en la que solamente un intervalo de tres o cuatro meses determinó la circunstancia del nacimiento de quien ahora les habla, en una u otra ciudad.

El reto se transforma a su vez en facilidad, tanto en cuanto los recuerdos fijados en los rincones de mi memoria puedan fluir alentados por la sensibilidad que despierta la extraordinaria figura a la que hoy rendimos tributo. Estos recuerdos se completan con la singular y riquísima biografía del personaje escrita bajo el pseudónimo de Rodolfo G. de Barthèlemy, y que prologada por el historiador D. Juan Priego López, me tomo la libertad de seguir, con el fin de aportar la síntesis de fechas y acontecimientos que deseo resaltar en esta intervención.

Califico de extraordinaria la figura del General Díaz Porlier, puesto que para mí lo es desde diferente ángulos: el primero el de los ya mencionados recuerdos centrados tanto en esta ciudad, y en este concreto lugar en el que nos encontramos, ante su efigie siempre presente, como en la bellísima plaza que en Oviedo y desde 1820, lleva su nombre de manera ininterrumpida, y en la que tanto he correteado en mis veraneos infantiles ovetenses; el segundo porque representa un hito en la lucha por la independencia, la libertad y la justicia, y el tercero, por su enorme generosidad y desprendimiento ejercidos a lo largo de su corta vida.

No se debe perder de vista que, entre la fecha de su nacimiento en Cartagena de Indias el año 1788 y su muerte el 3 de octubre de 1815, su vida está casi exclusivamente centrada en diferentes campañas militares y que su formación fue, por esa razón, esencialmente castrense, puesto que desde su participación como guardiamarina en la batalla de Trafalgar, pasa a tierra donde al poco recibe el grado de capitán, para tomar parte en la Guerra de Independencia, ascendiendo a coronel a sus 20 años, y a brigadier al año siguiente, y para obtener el grado de Mariscal de Campo en 1813, por su comportamiento heroico en la batalla de San Marcial. Su contribución a la organización de las guerrillas de todo el norte de España, siguiendo los cánones más estrictos de los modernos ejércitos, ha merecido el reconocimiento de sus rivales de la época, tanto propios como extraños, impidiendo la consolidación de la invasión por las tropas napoleónicas, y posibilitando así la recuperación de todo el territorio nacional

Es en esta lucha y en las sucesivas pérdidas y tomas de la ciudad de Oviedo, donde conoce a Doña Josefa Queipo de Llano, hermana del VII Conde de Toreno, con la que contrae matrimonio en 1811, y aún así por poderes, debido a las campañas militares en las que estaba sumergido. Con toda probabilidad, la relación directa con quien fue en su época una figura de las artes y de las letras, así como exponente de las corrientes de pensamiento liberal, D. José María Queipo de Llano, ejerció una influencia decisiva en las decisiones que el Mariscal habría de tomar en los años posteriores.

1814 es un año decisivo en la vida del Mariscal Porlier. Muere su hijita, único fruto de su matrimonio, con tan sólo 18 meses de edad, y, en Madrid es procesado por sus "indiscreciones" frente a la reacción absolutista al retorno del rey Fernando VII, y por sus permanentes e insistentes reivindicaciones acerca de las precarias condiciones de vida y medios de los soldados de los ejércitos, así como de sus deseos, nunca atendidos, de obtener la Capitanía General de Asturias y de ingresar en la Orden Militar de San Fernando. Se extiende sentencia de confinamiento, junto con su esposa, que debe ser cumplida en La Coruña.

En esta ciudad, y resumiendo todo cuanto pudo suceder en tan corto espacio de tiempo, se pone a la cabeza de un levantamiento en contra del absolutismo real, de la corrupción y prevaricación de los miembros de la corte, y en defensa de los intereses y libertades del pueblo. Pasa así, junto con Sinforiano López, a convertirse en Precursor, y también víctima, de los sucesivos pronunciamientos que culminan en 1820 con el alzamiento del General Riego, secundado por esta ciudad de La Coruña, entre otras, y el reconocimiento de nuevo de la Constitución de 1812.

Su levantamiento, por falta de apoyo militar y por la traición de algunos personajes inicialmente comprometidos, fracasa; es detenido, juzgado y condenado a morir en la horca. Se ejerció contra él una persecución tan infame, que ni siquiera se le concedió la muerte por armas, y a su propia viuda se la condena a cinco años de prisión, quien, en la más absoluta de la desesperanza, y después de obtener un indulto, toma hábitos y se enclaustra en el Monasterio de Corias, en la ciudad asturiana de Cangas de Narcea.

Me vuelvo hacia vos, mi General, para manifestaros la admiración que siente esta ciudad, que no quiso, no supo o no pudo, apoyaros cuando en su propio beneficio lo solicitásteis, pero que año tras año reconoce en vuestra figura sus propias aspiraciones de libertad. Nunca podremos comprobar cuáles hubieran sido vuestras posiciones de haber sido satisfechas en tiempo y forma las reivindicaciones que sustentábais y si los acontecimientos no se hubiera producido de tal forma precipitada, dándoos tiempo a una más completa formación y capacidad de reflexión. Pero de vuestro espíritu juvenil y generoso queda el testimonio de vuestra vida, que se podría resumir en un párrafo del testamento que otorgásteis la víspera de vuestra ejecución, y que hubiérais querido que figurase como epitafio:

"Aquí yacen las cenizas de D. Juan Díaz Porlier, General que fue de los Ejércitos Nacionales. Fue siempre FELIZ en cuanto emprendió contra los enemigos externos de la Patria y murió víctima de las disensiones civiles. ¡Hombres sensibles a la gloria: respetad las cenizas de un patriota desgraciado."

Al restablecimiento de la constitución de 1812, en el ya mencionado año de 1820, debe vuestra persona la devolución de vuestro buen nombre, con la declaración promulgada de "BENEMERITO DE LA PATRIA EN GRADO HEROICO", y este humilde servidor, mi General, se permite pronunciar en vuestro nombre, hoy con plena justificación "Marchemos todos juntos por la senda constitucional" retirando el "yo el primero", de un rey que no quiso comportarse con honor.

En el Centenario de su coronación

CURROS ENRÍQUEZ, HOMENAJEADO POR LA ORDEN DE CABALLEROS DE MARÍA PITA, SIGUE SIENDO EL GRAN POETA CIVIL DE GALICIA

Roberto L. Moskowich

La Orden de Caballeros de María Pita, de la que me honro ser Lugarteniente, eligió al gran vate gallego **Manuel Curros Enríquez** para sus Juegos Florales María Pita 2004. Y para mi es un deber, y un honor, escribir sobre Curros. Por un lado, por su gran dimensión literaria; y, por otro, porque mi vinculación a la música desde muy joven me hizo conocer, y cantar, varios de sus más bellos poemas. Mis más de trece años de presidente de la centenaria **Coral Polifónica “El Eco”**, de La Coruña, la más antigua de la Península Ibérica, de la que soy Presidente de Honor, reverdecieron mi “vieja amistad” con Curros, a quien la emblemática Coral, fundada por **Pascual Veiga**, había cantado durante su coronación y el gran homenaje popular ofrecido en 1904 en el Teatro Principal de La Coruña, hoy Teatro Rosalía Castro.

Una infancia atormentada

Manuel Curros Enríquez nació el 15 de septiembre de 1851, en Celanova (Ourense), a la sombra del poderoso Convento de San Salvador. Era hijo del escribano **José-María Curros Vázquez** y de su sufrida esposa, antes amante, **Pedra Enríquez** (hija de soltera, como lo fue **Rosalía Castro**), con la que se casó en 1847. José-María Curros era un déspota, ultraconservador, y fanático defensor de esas ideas y del clero. Según **Celso Emilio Ferreiro**, uno de los mejores biógrafos de Curros Enríquez, su padre era más rezador que virtuoso, gran mujeriego, tanto de joven como de viejo, y un maltratador de su mujer e hijos.

Curros, al igual que sus hermanos, ayudaba temeroso a su padre en la escribanía, copiando grandes legajos y documentos. A los 15 años, le cayó un gran borrón de tinta sobre un documento, y antes de soportar el severo castigo de su padre, que les pegaba con una vara, dejó el hogar. Su agilidad evitó que le alcanzase un brasero, que le arrojó su iracundo padre...

Fuga a Ourense

Curros debía tener pensada hacía tiempo la fuga de una casa en la que reinaban el despotismo y la incomprensión. Poco convencional, de carácter arisco y anticonservador, Manuel recordaba su hogar familiar como “aquella casa en la que tanto lloré hasta los 15 años”.

Al dejar su casa, se encaminó al Seminario de Ourense, en busca de su amigo **Pepe Porras**, quien le facilitó comida durante varios días. Dormía sobre los vacíos sacos de harina de una panadería, “pagando” al panadero leyéndole en voz alta, a él y a los obreros, el periódico liberal “El amigo de Galicia”.

Curros en Madrid

No tardó muchos días en continuar viaje a Madrid, yendo a vivir con su hermano **Ricardo**. Hizo el Bachillerato, pero no llegó a finalizar Derecho. “Cantiga”, su primer poema conocido, escrito en gallego, guarda relación precisamente con esa etapa universitaria.

Ese poema, muy popular, que comienza “No xardín unha noite sentada...”, fue escrito en las hojas del libro “Economía Política”, de **Colmeiro**, mientras su compañero de estudios **Alonso Salgado** tocaba la guitarra. Rápidamente se convirtió en una canción de éxito. Curros estuvo de acuerdo con la versión popular, que sustituyó el primer verso por “Unha noite na eira do trigo”, pero nunca lo cambió en su poemario. Ese no fue el único cambio realizado en las diferentes versiones populares que, según **Menéndez Pidal**, incluso mejoraron el poema.

Desterrado a Inglaterra

En abril de 1870, La Coruña fue puerto de escape a Londres de un Curros que tuvo que huir de la policía, que le buscaba por llamar “ese hinchado pastelero francés” al **Duque de Montpensier**, aspirante al trono de España que gozaba del apoyo del Regente, general **Serrano**.

Sobre ese destierro político apenas hay datos, quizás porque duró muy poco tiempo. Según cuenta **Ferreiro**, el Gobierno concedió una amnistía el 17 de octubre de 1870, y Curros regresó a casa de sus padres. En



ANTES DE INAUGURAR EL MONUMENTO A CURROS ENRIQUEZ,
SU CREADOR Y GRAN ESCULTOR COMPOSTELANO, SR. ASOREY,
DEJANDO LA FIRMA AL PIE DE SU GRAN OBRA

relación con ese exilio, **Carlos Casares** publicó una especie de entrevista fingida, en la que alude al hambre que pasó Curros en Londres.

De nuevo en Madrid

Como las cosas en su casa seguían fatal, pese al gran apoyo de su madre, Curros no tardó en retornar a Madrid, entrando como escribiente en el Ayuntamiento. En 1871 se casó, por lo civil según **Carballo Calero**, con **Modesta Vázquez**, que era de Puebla de Sanabria, demorando seis años el matrimonio eclesiástico. Su padre no solo le negó su venia para casarse, sino que lo denunció por prófugo, y tuvo que pasar 20 días en la cárcel.

El 11 de febrero de 1873 Curros asistió, en el Congreso, a la proclamación de la I República, a la que definió como “Régimen óptimo por las libertades formales que implica y otorga”. Desde marzo, año en que nació su primer hijo, **Adelardo**, a enero de 1874, lo que duró la República, desempeñó el cargo de redactor de “La Gaceta de Madrid”. El nacimiento de Adelardo motivó el poema “Ben llegado”, que para los expertos tiene un final antológico.

La tercera Guerra Carlista (1872-76) dio lugar a su oda “La guerra civil”, publicada el 3 de julio de 1874 en “El Imparcial”, que le valió el Premio convocado por ese importante rotativo y el ingreso en su plantilla. Durante el último año fue cronista de guerra en el Norte de España; y, de forma casual, resultó herido de gravedad por su amigo el brigadier **Mariné**.

“Galicia Literaria” y nuevo premio

El 20 de septiembre de 1875 se fundó en Madrid la primera sociedad de intelectuales gallegos en la emigración: “Galicia Literaria”, presidida por **Francisco Añón**, de la que formaba parte Curros, entidad que pasó graves dificultades. Entre otros trabajos realizados en esa asociación, el vate de Celanova publicó “La señorita de aldea”.

Dos años después, el orensano **Modesto Fernández y González**, con la ayuda de **Valentín Lamas Carvajal**, ofreció un premio de dos mil reales al poeta que en “dialecto gallego” mejor retratase diversos aspectos de Galicia. Curros logró el premio con sus poemas “A Virxe do cristal”, “O gueiteiro” y “Unha boda en Einobó”, y lo repartió entre los poetas pobres de Madrid. Y en ese año de 1877, el 19 de julio, nació **Leopoldo**, su segundo hijo.

Retorno a Galicia

Ese éxito como escritor en gallego animó a Curros a retornar a Galicia, a finales de 1877. Modesto Fernández, su protector desde niño, le consiguió un empleo de 5.000 reales en la Delegación de Hacienda de Ourense. Pero antes, el 18 de agosto, se casó por la Iglesia...

En 1878 escribió su única novela: “Paniagua y compañía (Agencia de sangre)”, en la que mostró tal fobia Carlista que **Xosé-Ramón Barreiro** la calificó de “burda propaganda política”. En abril murió, en Madrid, Francisco Añón, en la miseria. Le dolió tanto a Curros, que le hizo encarnar en “O divino sainete” similar papel al de **Virgilio** en la “Divina Comedia”.

El 10 de marzo de 1880 falleció su protectora y sufrida madre, a la que Curros dedicó su muy logrado y conmovedor poema “Na morte da miña nai”.

La publicación en 1881 del libro de poemas “Aires da miña terra”, dio lugar al mayor escándalo literario de Galicia. Lo inició el obispo de Ourense, **Cesáreo Rodrigo**, y el juez **Manuel Mella** procesó a Curros, al que multó y condenó a la cárcel, evitándola porque el farmacéutico demócrata **Serafín Temes** depositó las 1.500 pesetas de la fianza. La sentencia, según **Alberto Vilanova**, produjo serio malestar en Galicia y gran venta, bajo cuerda, del libro.

Curros, defendido por el famoso abogado **Luciano Puga**, apeló ante la Sala de lo Criminal de la Audiencia de La Coruña. Vista la causa ante el magistrado **Mariano Valcayo**, resultó absuelto. Y cosa insólita en las Letras Españolas, ante el éxito legal y literario alcanzado, la segunda edición del “excomulgado” libro incluyó casi un centenar de páginas con los argumentos y alegaciones de **Paz Novoa** y de Puga. La tercera y definitiva edición de “Aires da miña terra” fue publicada por la Biblioteca de “La Voz de Galicia”, en el año 1886.

Gran poeta civil de Galicia

Tras ese escandaloso asunto, el pueblo vio en Curros a su gran poeta civil, papel que él supo asumir y mantener. En la Galicia de comienzos de la Restauración no era fácil ser tan valiente en el tratamiento de ciertos temas, y él nunca defraudó a sus muchos seguidores.

Tras el lío, no era fácil vivir en la clerical Ourense, y Curros retornó a Madrid. Modesto Fernández lo empleó en el Ayuntamiento y en “El Porvenir”, el periódico republicano de **Manuel Ruíz Zorrilla**. Luego trabajaría en “El Progreso”, también de corte republicano.

La muerte de **Rosalía Castro**, ocurrida en Padrón el 15 de julio de 1885, motivó uno de sus más bellos poemas. (En 1904, durante el viaje realizado a Galicia, desde Cuba, visitó su tumba). También debo resaltar su etapa periodística en “El País” (1887-1893), periódico republicano en el que estuvo con **Alejandro Lerroux** y **Roberto Castrovido**, entre otros.

En 1888 publicó su magistral sátira “O divino sainete”, atacando y ridiculizando el comportamiento de la Iglesia a lo largo de la historia, originando una gran controversia, que fue silenciada por la prensa gallega. Y por esas fechas murieron tres de sus hijos: **Sofía**, **Augusto** y **Socorro**, a la vez que se agravaron sus desavenencias matrimoniales.

En 1892 logró un nuevo premio, con su soneto “A Cristobo Colón”. Al traducirse al castellano “Aires da miña terra”, **Blasco Ibáñez** le consideró “la figura mas sobresaliente del Parnaso gallego”. Y en la inauguración del Centro Gallego de Madrid, el 27 de marzo de 1893, poco antes de emigrar a Cuba, el ex ministro **Manuel Becerra** le impuso una corona de plata.

Emigración a Cuba

No está claro si Curros decidió dejar Madrid por problemas con la redacción de “El País”, según **Vilanova**; por sus pésimas relaciones matrimoniales, en opinión de **Ferreiro**; o por ambas cosas a la vez. Lo cierto es que dejó mujer e hijos, y en enero de 1894 marchó a Viana do Bolo, a casa de su pariente **Emilio de la Cal Rico**.

En febrero de ese año, entre el 20 y 22, el puerto de La Coruña fue testigo del embarque de Curros rumbo a América. Marchó para ir a Méjico, pero el buque “Reina María Cristina” lo dejó en La Habana el 5 de marzo. La colonia gallega de Cuba le convenció para que se quedase, facilitándole los medios para publicar el periódico semanal “La Tierra Gallega”, cuyo primer número salió el 8 de abril de 1894. Dos fuertes multas del gobernador de La Habana, **J. Porrúa**, por denunciar el trato de favor a Astilleros de Cádiz en perjuicio de los de Ferrol, que eran mejores, llevaron al cierre de “La Tierra Gallega” el 9 de noviembre de 1896.

Tras colaborar en “El Diario de la Familia” y sufrir graves problemas económicos, ingresó como corrector de pruebas en “El Diario de la Marina”. Consciente de su valía, y pese a sus diferencias ideológicas, su director, **Nicolás Rivero**, no dudó en nombrarle redactor.

La muerte del jefe de las guerrillas patrióticas **Antonio Maceo**, en Punta Brava, el 7 de diciembre de 1896, a manos de la columna del comandante gallego **Cirujeda** dio lugar a un homenaje en el Centro Gallego, y a la ruptura de Curros con esa institución de la que era socio honorario. Pero para Vilanova, la causa fue el nombramiento del madrileño **José López Pérez**, hijo de gallegos, como presidente del Centro. Ese incidente dio lugar a su poema “A espiña”.

A juzgar por lo escrito, Curros era más partidario de un régimen autonómico que de la independencia de Cuba, y no aprobó el alzamiento en armas contra España ni el separatismo. Es de resaltar que nunca citó en sus artículos, ni siquiera como escritor, al gran líder intelectual y político **José Martí**, muerto en combate el 9 de mayo de 1895, quien en una semblanza de **Pablo Insua** defendió “la dignidad de la emigración voluntaria de los mejores hijos de Galicia”.

En 1896, Curros captó claramente las intenciones imperialistas de Estados Unidos, y el 8 de marzo publicó el artículo “Perfidia yanqui”, en el que llamó a ese país “Salteador de territorios”, dando origen a su poema “En corso”, denunciando la falacia norteamericana.

Coronación en La Coruña

A principios de mayo de 1904, y sin que esté claro el motivo del viaje, Curros llegó a La Coruña, a bordo del trasatlántico “Alfonso XII”, siendo recibido por **Galo Salinas**; y se entrevistó con **Manuel Murguía**, **Tettamancy**, los hermanos **Vaamonde** y **Andrés Martínez Salazar**, entre otros. En Melide, visitó a su hermana **Ramona**; y, en Ourense, se reconcilió con **Valentín Lamas Carvajal**. Lo que no se sabe es si en Madrid estuvo o no con su familia.

El 21 de octubre de 1904 Curros Enríquez recibió en la liberal ciudad de La Coruña un homenaje jamás otorgado a ningún poeta gallego: su coronación. El acto, organizado por las más destacadas sociedades culturales y recreativas, estuvo presidido por Manuel Murguía. Asistieron autoridades, escritores, Centros Gallegos, periodistas, orfeones y representaciones.

En una brillantísima y aplaudida actuación, el Orfeón Coruñés “El Eco” cantó la “Alborada de Veiga” y “Os teus ollos”, de cuyas letras es autor Curros, con música de **José Castro “Chané”**, quien sucediera a **Pascual Veiga** como director del emblemático Orfeón. A continuación se leyeron numerosas adhesiones, llegadas de muchos lugares de España y de América, recibéndose nada menos que 25 poemas dedicados a Curros por autores como **Carré Aldao, Lugrís Freire, Galo Salinas, Noriega Varela, Concha Espina y Filomena Dato**.

Tras los discursos de **Alfredo Vicenti** y de Manuel Murguía, **Manuel Casás** impuso a Curros la corona de oro y plata diseñada por el artista coruñés **Isidoro Brocos**, realizada por el orfebre **Pedro Menlle** en la Orfebrería Arellano, de La Coruña.

El propio Curros cerró el acto, leyendo su poema “O pobo coruñés”, con grandes elogios para nuestros antepasados, una emotiva referencia a La Coruña de 1881, que lo había desagraviado, y a su defensor Luciano Puga, fallecido cinco años antes del homenaje.

Debido a no haber logrado un trabajo adecuado a sus necesidades, el 23 de octubre de 1894, dos días después de su coronación, Manuel Curros Enríquez, en compañía de su hijo menor, **Manuel**, dejó el puerto de La Coruña en el vapor “Champagne” y retornó a La Habana.

Academia e Himno Gallego

Curros volvió al “Diario de la Marina”, y logró del Centro Gallego una pensión mensual de 50 pesos para su admirado Manuel Murguía, que lo estaba pasando muy mal en La Coruña, debido a haber sido jubilado sin sueldo en el cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios.

Por esas fechas el litógrafo ferrolano **José Fontenla Leal** creó, con otros, la “Asociación iniciadora y protectora de la Academia Gallega”, logrando el prestigioso apoyo de Curros Enríquez, que trabajó con interés y presidió dicha Asociación, nombrando a Murguía presidente de la comisión que se encargó en La Coruña de la creación de la Academia Gallega.

El 20 de diciembre de 1907, en un homenaje realizado en el Teatro Nacional de La Habana, para recaudar fondos para levantar en Mondoñedo un mausoleo a **Pascual Veiga**, accedió a leer su poema “A Alborada de Veiga”. Es de resaltar que en ese acto se cantó por vez primera el Himno Gallego, con música de Pascual Veiga, y letra del bardo **Eduardo Pondal**.

Muerte y entierro de Curros

El 7 de marzo de 1908, tras agravarse sus dolencias asmáticas y reumáticas, falleció Curros. Por su enfrentamiento con el Centro gallego, estuvo en el centro de salud “Covadonga”, del Centro Asturiano. A las 11, apenas dos horas después, fue trasladado a “El Diario de la Marina”. Tras embalsamarlo, su director, Nicolás Rivero, entregó el cadáver al día siguiente a José López Pérez, el presidente del Centro Gallego que en su día había recusado Curros...

La Academia Gallega, presidida por Murguía, reclamó los restos de Curros, que llegaron a La Coruña el 31 de marzo, a bordo del vapor “Alfonso XIII”, acompañados por el músico **José Castro Chané**, el poeta **Nan de Allaríz**, y el citado presidente del Centro Gallego.

El féretro estuvo expuesto tres días en la planta baja del Ayuntamiento de La Coruña. El alcalde, **Juan Sánchez Anido**, redactó un bando invitando al pueblo a rendirle honores. Más de 40.000 personas asistieron al entierro, celebrado el 2 de abril en el Cementerio de San Amaro. Por cierto que su sepelio no fue civil, por la intervención de su hijo Adelardo.

El pueblo, como siempre soberano, y sobre todo en una ciudad liberal y galleguista como La Coruña, quiso y supo reconocer a Curros sus grandes méritos. Su entierro, del que he visto unas fotos muy elocuentes de **Ferrer** al paso del cortejo fúnebre por Los Cantones, fue una irrefutable prueba de la enorme popularidad que ya por entonces había alcanzado. Y una vez más, la última y definitiva, la culta y acogedora ciudad de La Coruña jugó un papel trascendental en la historia del más grande poeta civil que hemos tenido hasta ahora en Galicia.

Un grandioso y magnífico monumento en granito gallego, hecho por **Asorey**, nos recuerda en los coruñeses jardines de Méndez Núñez la irreplicable figura de Curros Enríquez. Y creo que antes de que a alguien se le ocurra llevárselos para el Panteón de Gallegos Ilustres de la vecina Compostela, mejor sería trasladar su restos del paupérrimo nicho de San Amaro a la urna que Asorey hizo a tal fin en la parte superior del mencionado monumento. Ahora, en el centenario de su coronación, un alcalde republicano, **Sir Francis Vázquez**, podría tener ese gesto histórico con otro ilustre republicano: Manuel Curros Enríquez. ¡De nada, amigos!.